

dos y enfermos, escasa o nulamente atendidos, se amontonaban en el hospital de Scutari y en los demás del Bósforo, instalados en improvisados barracones sucios, fétidos, inmundos. La tarea de Florencia y de sus enfermeras —que por primera vez en la historia cubrían sus cabezas con unas cofias blanquísimas— fué fabulosa. Con energía insuperable dieron fin a la confusión, el descuido y la suciedad que reinaban en las instalaciones militares. Florencia adoptó medidas drásticas para reducir los peligros del cólera, el tifus y la disentería, obteniendo tal éxito que consiguió reducir la mortalidad debida a estas plagas del 50 al 2 por 100 en menos de un año. Sin desanimarse por la oposición o la inercia de los Gobiernos y los mandos militares trabajó tenazmente. Organizó un servicio de camilleros para recoger a los heridos en el campo de batalla, asistía a las más horribles operaciones quirúrgicas, atendía a todos los deberes administrativos de su cargo de jefe de los hospitales del Bósforo y se ocupaba no sólo física, sino moralmente de los heridos y enfermos, proporcionándoles hasta los medios de comunicar con sus familias. En resumen: hacía cuanto hacen ahora en caso de guerra millares de mujeres y de hombres en las organizaciones oficiales de la Cruz Roja, la Sanidad militar y la beneficencia. Después de tan agotadoras tareas, cuando las sombras de la noche caían sobre los hospitales y el sueño vencía a médicos, ayudantes y enfermeras, Florencia, con una lámpara en la mano, recorría cama por cama las inmensas estancias preguntando a los heridos cómo estaban, consolando a los más dolientes, vigilando para que todo estuviese en orden y cada cual cumpliera con su deber. La aparición nocturna de aquella mujer de majestuosa presencia, ojos intensos, toca

blanca, iluminada por el resplandor de la luz, era para los desgraciados que sufrían la fiebre y el dolor como la aparición de un hada o el ángel de la guarda, de la madre o la esposa lejanas. La admiraban y adoraban, dándole el sobrenombre de «la dama de la lámpara», con que ha pasado a la inmortalidad.

Pero Florencia no era de bronce ni de mármol como parecía. Y a pesar de su formidable resistencia física adquirió unas fiebres graves. A pesar de su decaimiento se negó, no ya a ser repatriada, sino a ser hospitalizada, diciendo que mientras hubiera un soldado en cama ella permanecería en pie.

Al terminar la guerra —y difundida ya su fama en el Reino Unido y en toda Europa— el Gobierno inglés envió un buque de la Armada Real para recogerla y llevarla desde Turquía hasta Londres, donde se le tributaría un grandioso recibimiento. Pero Florencia, que como todas las almas nobles, era de una modestia ejemplar, prefirió desembarcar en un puerto francés y seguir el viaje en un correo cualquiera para desembarcar inadvertida y regresar a su casa en el Derbyshire. Decepcionados por no haber podido aclamarla, los ingleses organizaron una suscripción popular en la cual se recaudaron cincuenta mil libras esterlinas, que se le entregaron como reconocimiento de sus extraordinarios servicios. Con ese capital Florencia fundó en el Hospital de Santo Tomás un hogar con su nombre destinado a la enseñanza y el adiestramiento de enfermeras.

Por el quebrantamiento de su salud no pudo tomar parte activa en los trabajos de la residencia. Pero a lo largo de treinta y ocho años fué la consejera —no sólo en Inglaterra, sino en muchos países— para la creación de escuelas de enfermeras, hospi-